

EDITORIAL

SABER PARA SER FELIZ

Por el Ministerio de Educación han pasado dieciocho titulares en las diez legislaturas, desde las Elecciones democráticas de junio de mil novecientos setenta y siete. Casi todas las remodelaciones del Consejo de Ministros han afectado al Ministerio de Educación; no ha ocurrido así con el Ministerio de Economía, por ejemplo, que ha tenido once titulares a lo largo de estos años y sólo se ha visto afectado por el cambio de Ministros en la segunda legislatura y en la legislatura actual. Dada la situación socioeconómica que estamos viviendo en España, con más de cuatro millones de personas desempleadas, no podemos afirmar que los Ministros de Economía hayan hecho bien sus deberes, aunque a ellos la crisis nunca les afecta porque siempre hacen lo que está en el guion, algo que no es fácil de entender por la inmensa mayoría hasta que no toca sus bolsillos. Sin embargo, lo que ocurre con Educación es distinto.

En este país se han aprobado leyes (concretamente, siete en los últimos treinta y cinco años), algunas muy discutidas, otras muy discutibles, en las que se ha hablado de comunidad escolar, objetivos y procesos, diseños curriculares e indicadores, pragmatismo y voluntarismo, participación y democracia, recursos y falta de recursos, público y privado, etc. Pero parece ser que la educación que no es otra cosa que extraer lo mejor de las personas (pues esta es la etimología de la palabra “educar”) se ha perdido por los recodos de un debate que olvidaba cosas tan sencillas como las que decía Giner de los Ríos: “los mejores maestros, a las peores escuelas”, es decir, algo tan sencillo como perseguir los ideales de la inteligencia, la sensibilidad y la conciencia. La educación es un derecho humano fundamental y un pilar básico de las sociedades, porque favorece la emancipación y la cooperación de los pueblos; por ello, aprender de nuestros maestros y poner en práctica la pedagogía del esfuerzo, el valor del trabajo, la igualdad y el respeto, la libertad

para pensar y para crear, el deseo de aprender y un sentido crítico para poder orientarse entre falsas tradiciones, como proponía la Institución Libre de Enseñanza, no deben estar desfasados y obsoletos. Giner de los Ríos estaba convencido de la importancia de la Educación para transformar la sociedad; por eso se dedicaba a ella en cuerpo y alma. Si entendiéramos realmente que pensar es una aventura y la educación, una tarea apasionante, los beneficios se dejarían sentir a corto, medio y largo plazo, pero ya se sabe que, para el poder, es suficiente con que piensen unos pocos. Afortunadamente, no todas las personas confían en la pedagogía del ocio, ni están alienadas por el consumo, afortunadamente, hay jóvenes que buscan respuestas en los libros y saben que el mayor éxito es el trabajo bien hecho; pero hay otros, y en este caso siempre son demasiados, para quienes la escuela no ha sido lo que debió ser (un aprendizaje para pensar) y alguna responsabilidad tendrán en esto los dieciocho titulares del Ministerio de Educación.

En Andalucía el abandono escolar temprano está siete puntos por encima de la media nacional y es mucho más del doble registrado en la Unión Europea. Pero, ¿cómo puede abandonar un chico o una chica, los estudios con dieciséis o diecisiete años con todo el tiempo que tiene por delante? Algunos es posible que lo hagan a su pesar pero, si es así, encontrarán otros momentos en su vida para volver a las aulas. Nuestra pregunta va dirigida a esos chicos y chicas que abandonan el Instituto por un trabajo precario, a los que piensan que los años invertidos en su formación son tiempo perdido, a los padres que no valoran los estudios porque hay trabajos mejor pagados que no requieren títulos universitarios... A todos ellos les diríamos que dejen a un lado por un momento el pragmatismo, el posibilismo y el fatalismo, y que se acerquen al saber con el respeto con que lo hacían nuestros padres y abuelos; que practiquen la curiosidad y saboreen cada descubrimiento y, en definitiva, que sigan estudiando porque ellos, como dijo Bertolt Brecht, están también llamados a ser dirigentes.

La ignorancia está siempre en la base de todos los temores, los inconscientes están provocados por factores que desconocemos o que no sabemos interpretar; y hay otros miedos que nos afectan en la vida cotidiana (el miedo a la enfermedad, a la soledad, al fracaso) y que creemos explicarnos racionalmente pero que, en cualquier caso, nos instalan en un estado de angustia y desasosiego que no es precisamente compatible con la libertad y la felicidad a la que aspiramos los seres humanos. Lo mismo que decimos que un buen diagnóstico es la primera condición para superar una enfermedad, un buen

conocimiento de la realidad es la primera condición para solucionar los problemas; sin embargo, la gran paradoja está en que en la era de la información (en la que todo el mundo cree tener acceso a los medios de comunicación y a los libros), el conocimiento que tenemos de la realidad se encuentra fragmentado e interpretado, para hacernos creer que el mundo se mueve por factores desconocidos e incontrolables. Si triunfa esta idea, es fácil sucumbir y aceptar nuestra incapacidad para desentrañar los múltiples intereses que configuran el orden establecido; no obstante, el mero hecho de ser conscientes de esto, ya nos coloca en otra actitud: una actitud activa y comprometida, que nos permite observar la realidad, procesar la información e identificar las relaciones que se establecen en el sistema.

Como hemos podido leer en líneas anteriores, el saber y el pensamiento creativo y crítico pueden producir felicidad porque ayudan a entender mejor el mundo y sus contradicciones. Sin embargo, el conocimiento también produce dolor y sufrimiento ya que, más temprano que tarde, cuando nos acercamos a él, descubrimos que vivimos en un mundo injusto e insolidario. En este sentido, la Educación Superior debería estar dirigida a alcanzar la felicidad, a que el conocimiento y el pensamiento nos ayude a ser personas plenas, y por tanto, más sensibles, justas, solidarias y poderosas; pero no un poder concebido como explotación del otro, sino un poder que nos acerque a la libertad y al entendimiento. En efecto, el poder del conocimiento nos acerca a las diferentes caras de la moneda, a las múltiples perspectivas de un mismo hecho y a la construcción de nuestra propia identidad, una identidad más cercana al dolor y sufrimiento ajeno.

En definitiva, el conocimiento debe promover una cultura de la justicia, de la paz, de la tolerancia, de la solidaridad y del respeto por la diferencia. Por tanto, los propósitos últimos de la educación deben ser los siguientes: enseñar a pensar para crear nuevos conocimientos que cumplan una función social y alcanzar la felicidad individual y colectiva; así pues, ya no es posible pensar que la felicidad no requiera reconstruir el propio concepto de una felicidad ética y empática que busque la dignidad humana. Sólo desde esta perspectiva, los seres humanos podremos alcanzar la libertad y por tanto, la felicidad fuera de los condicionamientos sociales, económicos y culturales.

Por todo ello, merece la pena intentar ser más conscientes y menos ignorantes porque si con ello somos un poco más felices, acumularemos capacidad para ser más libres... Y cuando nos invada la realidad con sus contradicciones y nos asalte la duda,

recordemos los versos de Bertolt Brecht y aquel poema que escribió en mil novecientos treinta y tres: *¡No temas preguntar, compañero! ¡No te dejes convencer! Lo que no sabes por ti, no lo sabes. Apunta con tu dedo cada cosa y pregunta: Y esto, ¿por qué?*

Dra. Isabel Segura Moreno
Dra. Rosa María Perales Molada
Centro Universitario “Sagrada Familia”
(adscrito a la Universidad de Jaén)